

«muy poco ó nada. Entonces se le  
«lleva el tablero de los dados. En  
«el juego invoca alegremente la  
«fortuna ó la espera con paciencia;  
«si gana, calla, y si pierde se son-  
«ríe. Poco aficionado al despique,  
«gústale no obstante aparentar que  
«no teme los azares. Suele depo-  
«ner en el juego la reserva de rey,  
«y excita á todo el mundo á la  
«franqueza y á la familiaridad: le  
«complace ver las emociones del  
«que pierde, y necesita que se en-  
«fade el vencido para creer en su  
«propio triunfo: muchas veces es-  
«ta misma alegría, cuya causa es  
«tan frívola, favorece á otros ne-  
«gocios mas graves.... Yo mismo,  
«cuando tengo algo que pedirle,  
«me procuro una infeliz derrota, y  
«perdiendo la partida para lograr mi  
«pretension.

«A las tres vuelve á cargar so-  
«bre él el peso de los negocios: re-  
«parecen los pretendientes, y esto  
«impertinente cortejo se agita en  
«derredor suyo hasta que la noche  
«y la hora de la cena le hacen dis-  
«persarse. Algunas veces durante  
«la comida se introducen farsantes  
«y bufones; pero sus mordaces  
«chistes deben respetar á los con-  
«vidados. Nada de música ni de  
«coros: los únicos aires que agra-  
«dan al rey, son los que despiertan  
«el valor belico. Finalmente, quan-  
«do se retira á descansar, por to-  
«das partes hay centinelas arma-  
«das á las puertas del palacio.»

Las guerras en que anduvo casi  
siempre envuelto este rey, no de-  
bieron dejarle disfrutar mucho  
tiempo de este sistema de vida.

## CAPITULO II.

DESDE EURICO HASTA LEOVIGILDO.

De 466 á 572.

Reinado de Eurico.—Sus conquistas en la Galia.—Id. en España.—  
Termina definitivamente la dominacion romana en la Península.—  
Llega el imperio gótico al apogeo de su grandeza.—Sus límites de  
uno y otro lado de los Pirineos.—Concluye el imperio romano con  
Augustulo.—Reino ostrogodo en Italia.—Recopilacion de leyes hecha  
por Eurico.—Su muerte.—Alarico II.—Código de Alarico ó de Ania-  
no.—Muere peleando con Clodoveo, rey de los francos.—Reinado de  
Amalarico.—Guerras con los francos.—Sus causas.—La princesa  
Clotilde.—Reinado de Teudis.—Invasion de los francos en España.—  
Célebre sitio de Zaragoza.—Tregua de veinte y cuatro horas.—Rei-  
nado de Teudiselo.—Id. de Agila.—Id. de Atanagildo.—Los griegos  
bizantinos en España.—Casamiento de las dos hijas de Atanagildo,  
Brunequilda y Galsuinda, con dos reyes francos.—Suerte desgra-  
ciada de estas princesas.—Toledo, capital del reino godo-hispano.  
—Muerte de Atanagildo.—Interregno.—Eleccion de Liuva.—Id. de  
Leovigildo.

Grandes pasos van á dar los pueblos en el último  
tercio del siglo V. hácia el desenlace de la universal  
revolucion. Los cimientos del nuevo edificio quedarán  
echados, y los materiales se irán distribuyendo para  
cada uno de los departamentos que se han de cons-  
truir en esta grande obra de regeneracion social.

Tan luego como Eurico (*Eurich*, rico en leyes) fué ensalzado al trono de los godos (si trono podía llamarse todavía), sirviéndole de pedestal el cadáver de su hermano, concibió el pensamiento de hacer un reino gótico independiente en todo el territorio que Roma había poseído en la Galia y en España. El estado de disolución y de agonía en que se hallaba el imperio le brindaba ocasión favorable á sus fines, y tuvo además la precaución de negociar alianzas con Genserico, rey de los vándalos, con Remismundo que lo era de los suevos, y con Arvando, prefecto de las Galias y otros gobernadores romanos. Escasa por lo tanto fué la resistencia que halló Eurico en la Galia. Envió no obstante contra él Glicerio, que había sucedido á Olibrio en lo que todavía se llamaba imperio de Occidente, un ejército de ostrogodos mercenarios; pero éstos, que eran arrianos, en lugar de combatir, se unieron á los visigodos, que lo eran también. Siagrius, general romano, que le atacó con un cuerpo de auxiliares francos al mando de su rey Hilderico, sucesor de Meroveo, fué vencido y derrocado. Eedicio era el único que con heróico valor se sostenía en la Auvernia; mas habiendo recibido orden de Julio Nepote, uno de esos fantasmas coronados que pasaban como fuegos fatuos sobre el agonizante imperio de los Césares para que cediera la provincia al godo, ya nada pudo impedir á Eurico hacerse dueño de toda la Galia. Tomó, pues, á Arlés, Marsella, Clermont, des-

de donde pasó á Burdeos á recibir las felicitaciones de los príncipes vecinos. Hé aquí cómo nos pinta Sidonio Apolinario á los príncipes ó embajadores que á aquella corte concurrían: «Vemos allí, dice, al sajón de ojos azules..... al viejo sicambro, que rapado después de la derrota deja crecer de nuevo su cabellera hácia el occiput; al hérulo de megillas verduscas como los golfos del Océano que habita; al borgoñon, alto de siete pies, que dobla la rodilla para pedir la paz, etc.»

No fué menos feliz Eurico en sus conquistas de España, donde destacó dos cuerpos de ejército, uno de ellos mandado por él mismo en persona, según San Isidoro. En menos de tres años se hicieron los visigodos dueños y señores de toda España, si se exceptúa la pequeña parte que de antiguo habían dominado los suevos, y que les dejó Eurico como por merced en concepto de aliados; pero reducidos á las montañas dejaron los suevos por más de un siglo de figurar en la historia, como si hubieran desaparecido enteramente. Las adquisiciones de Eurico tenían ya el carácter de propias; ya no conquistaba para los romanos como sus antecesores, sino para sí mismo, y con él acabó de todo punto la dominación romana en la Península, siendo en rigor Eurico el primer rey godo independiente de España. Llegó con él el imperio visigodo al punto culminante de su extensión y engrandecimiento. Abarcaba de este lado de los Pirineos la España entera, excepto las montañas de Gali-

cia, del otro lado toda la Galia desde el Ródano y el Loire hasta el Océano: todo el país desde el Duranzo, el mar y los Alpes Ligurios, era suyo. Fué la mayor monarquía que se fundó sobre las ruinas del imperio de Occidente.

Este exhalaba entonces, por decirlo así, sus últimos alientos. La Italia estaba llena de razas bárbaras. Hacía de caudillo de las tropas romanas un tal Orestes, secretario que había sido de Atila: los soldados le ofrecieron el retazo de púrpura que aun quedaba; mas no queriéndola para sí, púsola sobre los hombros de un hijo que tenía, llamado Rómulo Augusto, á quien su padre solía nombrar con el diminutivo de *Augústulo*; con este nombre ha seguido designándole la posteridad. Los bárbaros que estaban á sueldo del imperio, esciros, alanos, rugianos, hérulos y turingios, pidieron que se les entregara la tercera parte de las tierras de Italia. Resistiólo Orestes, y Odoacro, jefe de los hérulos, marchó contra él á la cabeza de los insurrectos peticionarios, hizole prisionero y le quitó la vida. Encontró luego á Augústulo en Ravena, le despojó de la púrpura, y desdeñándose de condenar á muerte al último emperador romano, se contentó con desterrarle, señalándole una pensión de seis mil monedas de oro. El senado declaró que el Capitolio abdicaba el imperio del mundo. Odoacro fué proclamado rey de Italia en 23 de agosto de 476. El imperio que había comenzado con un Augusto acabó con un Augústulo á

los quinientos y siete años menos algunos días; el mil doscientos veinte y nueve de la fundación de Roma. Llevaba el imperio ochenta y un años de agonía desde la muerte del gran Teodosio. «Roma, observa oportunamente un escritor moderno (1), en un principio guarida de bandidos, después de doce siglos de nombradía y de poder, volvió al polvo de la nada de donde había salido. Pero no todo ha concluido para Roma, la ciudad eterna. Si su poder temporal ha pasado hallará una rica compensación en la autoridad espiritual de sus obispos. Roma será siempre la capital del mundo cristiano: *Capitolii inmovile saxum.*»

Cuando Odoacro, ejerciendo una sombra de autoridad, confirmaba á Eurico en el derecho á la posesión de todas sus conquistas de este lado de los Alpes, confirmación de que Eurico no necesitaba, Zenon, otro remedo de emperador en Oriente, daba una especie de investidura del imperio de Occidente á Teodorico, rey de los ostrogodos, que vino á destronar á Odoacro y hacerse proclamar rey de Italia. De este modo quedaron establecidas sobre las ruinas del imperio romano de Occidente dos grandes monarquías godas, la de los ostrogodos con Teodorico en Italia, y de los visigodos con Eurico en las Galias y España.

Faltábale á Eurico una sola gloria que añadir á la de conquistador y guerrero, la de legislador: y esta

(1) Le Bas, al final de su historia.

la ganó, establecido ya pacíficamente en Arlés, mandando recopilar en un código escrito las costumbres que regían á los godos, para lo cual se valió de los trabajos y conocimientos de su primer ministro Leon, uno de los mas sábios jurisconsultos de su tiempo. Asi subsanó en parte el fratricidio por cuyo medio habia conquistado el poder real. Mas no fué esta sola la mancha que Eurico contrajo en su vida, tan gloriosa por otra parte. Eurico, arriano celoso, ejerció el rigor de la persecucion contra los obispos católicos, con especialidad los de las Galias, y encarceló y desterró á muchos prelados y sacerdotes <sup>(1)</sup>. Murió Eurico tranquilamente en Arlés, en setiembre de 484 á los 19 años de su reinado.

Desde este punto, la cumbre del poder de los godos, le veremos comenzar á descender para irse circunscribiendo al lote que en la reparticion del antiguo mundo le estaba designado. Faltóle á Alarico II., hijo y sucesor de Eurico, la energía y la grandeza de su padre. Habíase ido formando contiguo á la Galia gótica otro nuevo reino de gente aun mas bárbara y ruda que los visigodos, el de los francos, de que á la sazón era gefe Clodoveo (*Chlod wig*, guerrero famoso), que sobre ver con envidia el engrandecimiento de la monarquía goda, miraba á los godos como indignos de poseer el rico territorio de las Galias, que

(1) Gregor. Turon. lib. I., cap. XXV.

no debía hallarse en poder de los hereges arrianos, preciándose como se preciaban los francos de ser el único pueblo germano que profesaba el catolicismo, y conservaba en toda su pureza la fé ortodoxa. Ostentábase Clodoveo tan fogoso cristiano, que cuando se hablaba de la pasion de Jesucristo solia decir: *si yo hubiera estado alli con mis francos, yo hubiera sabido defenderle*. Contaba, pues, Clodoveo con la afeccion de los obispos y clero católico de las mismas Galias, que no debian al arrianismo godo sino mal tratamiento y persecucion.

Ya habian ocurrido algunos disturbios entre Clodoveo y Alarico, en los cuales habia dado el godo mas de una prueba de su debilidad. Deseoso luego de conjurar una guerra que veia amenazarle, quiso tener una entrevista con Clodoveo, que se verificó en una isleta del Loire; término de los dos estados, cerca de Amboise. Alli se abrazaron los dos principes, y en el regocijo de un festin no fué Clodoveo quien escaseó al rey godo las demostraciones de amistad. Pero tampoco era la lealtad la virtud de los francos. «Erales familiar, dice un historiador latino, quebrantar la fé con la risa en los labios <sup>(1)</sup>». Despidiéronse no obstante por entonces aparentemente amigos, y aprovechó Alarico aquel período de paz para dotar á su pueblo de nuevas leyes, haciendo recopilar las que

(1) *Franci, quibus familiare Vopisc. in Procul, est ridendo fidem frangere. Flav.*

de los códigos romanos, y muy especialmente del Teodosiano, pudieran ser aplicables á su nacion. Formóse pues el código llamado *Breviario de Alarico* y tambien de *Aniano*, del nombre del ministro que le refrendó, y aprobado por una asamblea de obispos y de próceres fué mandado observar por los jueces y tribunales. En este cuerpo de legislacion se ve ya la índole y tendencias de la raza goda á unirse con la romana, y que el rey godo no era tampoco un caudillo bárbaro.

Clodoveo entretanto se aprestaba á hacerle la guerra á pesar del abrazo de Amboise. «No puedo sufrir, decia á sus soldados, que los arrianos estén siendo dueños de la mas bella porcion de la Galia.» Tiempo hacia que Teodorico, rey de Italia, estaba interponiendo su mediacion entre los dos principes, escribiendolos alternativamente ya á uno ya á otro, á fin de evitar un rompimiento: inútiles fueron sus buenos oficios: Clodoveo puso en marcha su ejército y se dirigió con él hácia Poitiers. Fué preciso á Alarico aceptar el combate. Encontráronse godos y francos en Vouglé, á tres leguas de aquella ciudad. Pero los soldados de Alarico no eran ya aquellos godos ardientes y aguerridos que habian dado á Eurico tantos triunfos; la paz de algunos años los habia enflaquecido, y Alarico no se distinguia por un gran valor, siendo mas á propósito para legislador que para guerrero. La pelea fué sangrienta, y Alarico pereció

en ella, derribado de su caballo por la lanza misma, dicen, de Clodoveo; un franco acabó de matarle (507). La muerte de su gefe desalentó á los godos, cuyos principales capitanes se retiraron á España. Las consecuencias de esta derrota fueron desmembrarse de la corona gótica aquella parte importantísima de su imperio que habian sabido sostener sus antecesores por espacio de noventa y cinco años. Pero aun les quedaba la faja de la Septimania <sup>(1)</sup>, que enlazaba las posesiones de uno y otro lado de los Pirineos. Principia no obstante el reino visigodo á concentrarse en España, donde estaba su porvenir.

Habia dejado Alarico II. dos hijos; uno legítimo, pero de edad solo de cinco años, llamado Amalarico (Amal-rik), y otro bastardo, de edad de diez y nueve, llamado Gesalico. Temiendo los godos las consecuencias de una larga menoría alzaron rey al hijo bastardo. Pero Teodorico, rey de Italia, tomó sobre sí la defensa de los derechos de su nieto Amalarico, que Alarico su padre habia casado con una hija del rey ostrogodo. Un formidable ejército enviado por él á las órdenes de Ibbas, uno de sus generales mas ilustres, derrotó primero á los borgoñones y á los francos que sitiaban á Narbona: marehó seguidamente sobre Barcelona, donde se hallaba Gesalico, rindió

(1) Véase el nombre de *Septimania* de siete ciudades que Eurico habia reunido bajo un gobierno en la Galia Meridional. *Euricus rex Victorium duces super septem civitates proposuit.* Greg. Turon. lib. II.